

## USOS CAMPESTRES

COMER en caldero, sartén o cazuela con otros al mismo tiempo, tenía sus reglas, que a veces costaba trabajo cumplir.

La pobreza de aquella vida, atendida a lo más elemental e inmediato, sin consentir la más leve expansión y mucho menos la diversidad de platos con distintos condimentos y menaje diferente, fué imponiendo su necesidad hasta convertirla en costumbre de nuestros días y no era poco que se utilizara la cazuela, pues la mayoría de las veces ni falta hacía para comer un pedazo de pan con cualquier cosa seca.

No obstante, la comida tenía cierta solemnidad y el hacerla juntos imprimía relación de confraternidad entre los comensales, que se extendía más allá de la cocina, en cuyo lugar, inmediato a la lumbre, era donde se hacía el corro, y cuando alguien, aparte de ese momento y lugar, se tomaba alguna confianza indebida, se le preguntaba en qué cazuela se había comido juntos.

Era fundamental el estar todos puntuales y no entrar nadie la mano hasta que lo hacía «el cabeza» (padre o caporal) diciendo «Jesús». Una vez empezada la comida, cada uno debía atenerse a su lado y llevarlo todo a hecho, con corte limpio, rebañando, sin dejar cortinas ni saltarse en busca del bocado apetitoso. Había que conformarse con lo que tocaba en suerte y el que alargaba la mano solía recibir en ella el aviso de las cachas de la navaja, dado por el que tenía el rabo de la sartén, que siempre era el padre o el más caracterizado. Los gatos que andaban alrededor, recibían a menudo ese golpe o bien les daban con el gran moquero, que se ponían los hombres sobre el muslo para limpiarse antes de beber, aunque algunos lo hacían con el dorso de la mano izquierda mientras prevenían la vasija con la derecha.

Aparte de tener el pañuelo sobre el muslo, cada uno sostenía en sus manos el pan, la navaja y la cuchara, cambiándolos de posición según las necesidades de cada momento. No era la cuchara de necesidad mayor, pues tan hábilmente se usaba la **sopa** o pedazo de pan pinchado en la navaja, que suplía perfectamente a la cuchara y en ocasiones con ventaja, como sucedía con las gachas, hasta el punto de que era general reirse cuando alguien hablaba de comer gachas con cuchara y lo mismo ocurría con los mojetes de todas clases, claros, de asadura o **tisnaos**.

El beber a boca de jarro tenía cierto arte de limpieza, que distinguía a las personas, pues no todas se avenían a beber donde lo hubieran hecho los que carecían de esa habilidad, o tuvieran bigote, detalle de importancia capital en este menester.

Durante la comida no se hablaba apenas. Todos estaban atentos a entrar la cuchara con limpieza y recularse a su asiento para rumiar el bocado.

Era motivo de satisfacción general ver que todos comían bien, sin remilgos y con apetito, considerando que del que no come, nada se puede esperar. Si alguien comía poco, menudeando, como los pájaros, solía decirsele con sorna: «ten cuidado, no te ahites» y los demás seguían, ordenados y tenaces, hasta rebañar el caldero, en cuyo instante el cabeza solía repetir la maldición del pobre: «antes reventar que sobre».



Victor Castellanos con su cuadrilla de vendimiadores, de época actual, dispuesto a mudarse de viña, en el camino de Manzanares, después de rematar en esta.

